

ALGUNOS PERSONAJES Y TRADICIONES POPULARES EN LA NARRATIVA DE JOSÉ LUIS CASTILLO-PUCHE

LOS que conocen, aunque sólo sea medianamente, la trayectoria literaria y periodística del escritor yeclano José Luis Castillo-Puche saben que Murcia —la capital, su Huerta y muchos de sus municipios, como Cartagena, Yecla, Jumilla, Cieza, etc.— siempre ha sido un tema predilecto en sus comentarios publicados a través de la prensa nacional y regional y, al mismo tiempo, en sus relatos de ficción, aunque, en este último caso, transfigurados, a veces, en otros nombres fácilmente identificables como Hécuba (Yecla), Ciriza (Cieza), etc.

Las tierras murcianas, sus gentes, el paisaje, la Historia, las tradiciones y las particularidades del habla que utilizamos asoman una y otra vez en sus textos. Su salida de nuestra región, un tanto precipitada por motivos ideológicos, hacia otros lugares como Santander, Nueva York, lugar en donde vivió durante algunos años, y su final establecimiento en Madrid, no fue obstáculo para que este reconocido novelista siguiera inspirándose en sus años pasados.

En sus ensayos aparecidos en la prensa murciana —«La Verdad» y «Línea», fundamentalmente— al inicio de la década de los cuarenta —Castillo-Puche contaba con poco más de veinte años—, encontramos ya entre sus preferencias todo aquello relacionado con la Región murciana y esos asuntos a los que líneas arriba hacíamos referencia. Así sucede en el texto titulado «El Cristo de la Sangre», publicado en el diario «La Verdad», el jueves 21 de marzo de 1940 (en el contexto de la Semana Santa murciana), justamente un día después de la procesión de los «coloraos» en la que esa escultura de Nicolás de Bussi, en parte destruida durante la guerra civil y posterior-

mente restaurada por el escultor Sánchez Lozano, viene desfilando por las calles murcianas desde finales del siglo XVII o principios del XVIII. Se trata —y nos referimos al texto de Castillo-Puche— de una visión, entre real y simbólica, en la que no sólo se incorpora una ancestral tradición murciana, sino que, además, se da paso a la descripción de buena parte de esos rincones —la iglesia del Carmen, el Jardín de Floridablanca, el Puente Viejo, etc.— por donde va dejando su estela el desfile procesional.

Asimismo, en el simpático texto titulado «Arre perla. Crónica murciana para un periódico de Venecia», aparecido en el diario «La Verdad» el 31 de octubre de 1944.

Castillo-Puche hace alusión a ese medio de transporte —la tartana o «galera»— que hasta bien entrada la década de los sesenta aún no había desaparecido del todo en la capital murciana. Cuando el viajero que cuenta en primera persona esta historia llega a la estación ferroviaria del Carmen procedente de Madrid, de inmediato le salen al paso los tartaneros ofreciendo este medio de transporte para conducir al viajero hasta su hotel o residencia. El viajero —al que los tartaneros llaman don José— cuenta su decepción inicial puesto que confiesa que esperaba contemplar las típicas barracas murcianas desde lo alto de la propia galera. Durante el largo itinerario el viajero va contemplando y describiendo rincones típicos de la capital murciana como el Puente Viejo, la Glorieta, la iglesia del Corazón de Jesús, etc. En esta visión no podía faltar la particular versión de José Luis Castillo-Puche en torno al paisaje, a esas personas que desde su curiosa y privilegiada atalaya va contemplando, y, en

especial, los huertanos, quienes, por aquellos años, ponían la nota colorista en todo este variopinto ámbito ciudadano:

«El huertano es progresivo y celoso (...). El huertano, para mover un pie, tiene que convencerse de que el otro no le dará calambre. Otra impresión: desde la tartana, el rasgo espiritual de las gentes es de cansancio, de aburrimiento. La gente camina como si no tuviera nada que hacer. Ya veremos, quizás desde el suelo la impresión sea distinta. También las abejas parece que pierdan el tiempo encima de las flores».

Pasaje, en fin, que a cualquier lector avezado traerá de inmediato a la memoria la técnica —que el profesor Baquero llamó perspectivística— empleada por autores como Luis Vélez de Guevara en su *Diablo cojuelo*, Leopoldo Alas y su *Regenta* y, por no hacer interminable esta nómina, uno de los maestros más queridos, precisamente, por el propio Castillo-Puche: José Martínez Ruiz «Azorín».

Cuando de los textos breves aparecidos en periódicos pasa ya a la elaboración de trabajos más amplios y profundos, no se observa modificación alguna en su actitud inicial. En la amplia introducción, a cargo del propio Castillo-Puche, que va al frente de sus *Memorias íntimas de Avinazata. Manual del conspirador*, que supone su primer libro, publicado en Madrid en 1952, encontramos ese decidido propósito por ocuparse de ese entorno en el que nació y creció el autor en cuestión. En las primeras páginas de la aludida obra, Castillo-Puche hace una descripción pormenorizada del ambiente de preguerra que existe en las calles de la capital murciana. No faltan, por

tanto, las alusiones a las, por causa de la palpante hostilidad hacia todo lo religioso, silenciosas campanas de la ciudad; referencias, asimismo, a esa «filosofía del murciano» que ya vimos, en gran medida, reflejada en ese otro texto —«Arre perla»— de 1944.

Un ambiente, en definitiva, del que encontraremos claras referencias, con las pertinentes matizaciones, en obras posteriores, mucho más maduras, como *Con la muerte al hombro*, *El perro loco*, *Jeremías el anarquista* y, muy especialmente, en la llamada *Trilogía de la liberación*, compuesta por las novelas *El libro de las visiones y las apariciones*, *El amargo sabor de la retama* y *Conocerás el poso de la nada*, novela, ésta última, con la que obtuvo, con toda justicia, el Premio Nacional de Literatura, en su modalidad de novela y narrativa, en 1982.

De 1954 es su novela titulada *Con la muerte al hombro*, acaso una de las más conocidas, leídas y comentadas de José Luis Castillo-Puche. Fue su primera obra narrativa publicada, si bien había sido redactada con posterioridad a *Sin camino*, libro que habría de sufrir los rigores de la férrea y escrupulosa censura española de aquellos primeros años de la década de los cincuenta, con lo que no vería la luz hasta 1956 y en un país ajeno al nuestro, Argentina, que tanto se interesó por la suerte de los intelectuales españoles desde los primeros años del exilio.

La acción de *Con la muerte al hombro* transcurre en dos principales escenarios: Madrid y un pueblo llamado Hécula, cuyos perfiles, y salvando la aportación puramente ficcional sobre la que tanto se viene hablando, escribiendo y polemizando, responden a la propia Yecla.

Antes de seguir adelante, es necesario



no olvidar que la obra tiene unas connotaciones que hay que aclarar. Con este libro, Castillo-Puche se propone descubrir la verdadera imagen de los heculanos. Pero, en este caso, «verdadera» no es, en absoluto,

equivalente a «real». Se trata de la visión personal de Hécula que tiene un personaje muy concreto, Julio, protagonista de *Con la muerte al hombro*, quien se ha visto perjudicado por el modo de pensar y actuar de

los heculanos. Con lo que, si recordamos que la novela está contada por Julio en primera persona, podemos imaginar cuál será la visión de Hécula que aparezca en la obra. Así es, queramos o no, la Literatura y nada se puede hacer contra ello. Sólo que hay quienes aún confunden la Historia —que no deja de ser otra ficción cuando se cuenta demasiado apasionadamente, como suele suceder— y la Literatura.

De esta manera se puede entender la visión que el protagonista, Julio, tiene de determinadas tradiciones populares que aparecen en la obra y que en otro contexto hubieran tenido, a buen seguro, un tratamiento bien distinto.

La muerte es un asunto que está presente a lo largo de esta obra a la que nos referimos y que, no en vano, en el propio título lleva incluida ésta palabra. Castillo-Puche llega a expresar en estas páginas que «el luto ha llegado a formar en Hécula una vaporosa herrumbre en la que los heculanos buscan desfigurarse y perderse. Nunca el luto es en Hécula un luto particular, aislado, luto de una muerte propia, sino que se trata siempre de un luto compacto, difuso, colectivo» (Pág. 26. Edición de 1954).

De ahí que se pueda entender la aparición de ese personaje que responde a la denominación de «el convocaor», «un personaje parsimonioso que va avisando con una campanilla quién entra en agonía y quién acaba de morir» (Pág. 23). Más adelante, hacia el final de esta novela, *Con la muerte al hombro*, Castillo-Puche vuelve a sacar a la luz más datos sobre esta figura que tiene una misión muy concreta en este contexto de muertes y horrores a los que continuamente se ve sometida Hécula:

«Tan pronto un agonizante ha expirado —las agonías en Hécula se si-

guen hora a hora— se lanza a las calles y a las esquinas un personaje siniestro, el «convocaor». Es siniestro no por su figura que, algunas veces, resulta hasta cómica, sino por el oficio que desempeña. El pobre hombre, armado de una campanilla metálica, insistente, se recorre todo el pueblo pregonando:

Esta mañana, a las once, entierro de Ánimas, hermanos. Laureana... hija de... y de... de... años, en la calle... número...

La campanilla del «convocaor» parece hacerle cosquillas al pueblo entero. Con nada se alborota tanto Hécula como con su alarmante tintineo» (Pág. 318).

Además del «convocaor», que en esta novela tiene más rasgos simbólicos que reales, puesto que, de alguna manera, está representando la curiosidad y el interés de ese pueblo, Hécula, por las desgracias ajenas, nos encontramos en estas páginas con otro personaje sobre el que sólo se hace una única, y breve, alusión. Nos referimos al llamado «Tío de las Punchas». Al que Castillo-Puche describe del modo siguiente:

«Vestido de luto recorría las calles aquella especie de verdugo espectacular que iba dando el aviso oficial de las próximas fiestas a los capitanes de arcabuceros. Cuando el «tío de las punchas» acompañase a los pajes, perdería su aspecto torvo; pero ahora, solo por las calles, al lado de un tamborero no menos enlutado y chupado, parecía el anuncio de una macabra ejecución» (Pág. 41).

Ejemplo, éste último, que nos sirve para insistir, una vez más, en la importancia que tiene el contexto en el que se desarrolla la acción de esta novela para modificar la visión de determinados personajes, como este «Tío de las Punchas», que, en principio, tiene una misión cuyas connotaciones no deberían ser negativas.

Tras un largo paréntesis de más de veinte años —los que transcurrieron entre la fecha de publicación de *Con la muerte al hombro* (1954) y *El libro de las visiones y las apariciones* (1977)—, Castillo-Puche vuelve sus ojos nuevamente hacia esos personajes de tanto arraigo popular en nuestra región. Entre una y otra fecha, 1954 y 1977, salieron a la luz más de una docena de libros entre ensayos, novelas y relatos. Obras en las que la proyección de este escritor yeclano es mucho más amplia. Así por ejemplo, en *Misión a Estambul*, una de las primeras novelas de carácter policíaco escritas y publicadas en nuestro país, la mayor parte de la acción se sitúa en Roma y, posteriormente, en Estambul. Madrid y Nueva York serán los principales escenarios para el desarrollo de dos de sus novelas más importantes de estos años a los que nos venimos refiriendo: *Paralelo 40* (1963) y *Jeremías el anarquista* (1975). Pero no por ello dejan de existir referencias a esos lugares de la región murciana —Murcia y su huerta, Cartagena, Yecla, Jumilla, Ricote, etc.— que Castillo-Puche había incorporado a sus escritos desde principios de la década de los cuarenta. Sería muy prolijo referirse a ello en el presente trabajo, que no tiene, además, este propósito. Baste decir que novelas como *El perro loco*, *Hicieron partes*, *Como ovejas al matadero* y *El vengador* desarrollan su acción en Murcia y Hércula/Yecla principalmente. Incluso en *Jeremías el anarquista*, la novela neoyor-

quina de Castillo-Puche, a través de un largo «flash-back», hallamos numerosas referencias a la Murcia de la época de la guerra civil española, acaso uno de los «impactos» —así denominados por el propio autor— que más ha tenido en cuenta este novelista yeclano a lo largo de su ya extensa carrera literaria.

Con *El libro de las visiones y las apariciones*, como antes se dejaba apuntado, se reanuda ese interés de Castillo-Puche por esos personajes de arraigo popular y que responden a una tradición casi siempre lejana en el tiempo. En esta novela de 1977, que responde a idénticas connotaciones negativas que las que expusimos a propósito de *Con la muerte al hombro*, aparecen los conocidos Auroros, sobre los que tanto se ha hablado y escrito desde que volvió el interés por las tradiciones de nuestra Región. Unos Auroros que se identifican, en esta ocasión, con el terror que supone la presencia de éstos vistos desde la perspectiva de un niño, Pepico, quien se erige en narrador, en primera persona, de esta nueva historia.

Los tíos del joven Pepico, Cayetano, cura a la sazón, y Cirilo, una especie de director espiritual de toda la familia, quieren que éste comience a instruirse en su vida de adulto. Y para ello no encuentran mejor fórmula que obligarle a que acompañe, durante toda una noche, a los Auroros de Hércula. Esto provoca en Pepico un verdadero trauma, un indescriptible terror, recogido así en la propia obra:

«Por fin encontramos la siniestra comitiva porque la campanilla nos fue llevando hasta ellos, y la campanilla parecía que fuera rompiendo los cristales invisibles de la escarcha, y ya estábamos sobre la extraña y lóbrega

pesadilla de los ojos y blanco y las gargantas estiradas y un clamor malsano como de agonizantes imposibles y delante, como una bandera congelada, marchaba un cuadro con una Virgen rodeada de almas en pena (...), y yo respiraba al llegar a las esquinas y veía algunas lucecillas misteriosas en algunas ventanas mientras la persistente campanilla seguía cortando flecos del alba, y las voces salían entre bufandas grandes de lana negra que tapaban hasta las orejas de los campesinos, «y así como yo te llevo a ti —dijo mi tío Cirilo—, tú llevaras después a tus hijos y los hijos de tus hijos a los suyos...» (Pág. 134).

Estos «pregoneros de la muerte», como se los denomina en otro pasaje de la novela, provocan que la madre y la hermana de Pepico tengan que intervenir en favor de éste, oponiéndose así a la tiránica voluntad de los tíos Cirilo y Cayetano, cuyo concepto de la educación dista mucho de ser el más adecuado para la edad de Pepico:

«...Y fue mi hermana la que un día, poniéndome su mano fresca y suave sobre la frente, me dijo «no irás más a los auroros, que de eso me encargo yo», y hubo discusiones por esto, hasta que mi madre, que pocas veces se imponía, dijo muy tajantemente «hasta que no sea mayor, no irá» (Pág. 176).

Sin embargo, acaso lo más llamativo en toda esta novela a propósito de los auroros sea ese pasaje en el que el narrador revela que «no había suicidas entre los auroros», contraviniendo así a esta costumbre de los heculanos de echarse una soga al cuello más

por costumbre, holgazanería y ociosidad que por estar acuciados por algún problema. Y más adelante, en la propia página en donde hemos reproducido la anterior frase textual, se pasa a explicar, o a denunciar, el secreto que se encierra en la misma:

«Entre los auroros se habían refugiado más de una vez pecadores notorios y allí habían hecho su penitencia salvadora, su conversión, porque no se trataba sólo de hombres licenciosos, con la esposa y los hijos abandonados, sino de tipos que habían sido descreídos y que habían dado el mayor ejemplo de odio a la Iglesia y a los curas...» (Pág. 148).

En resumidas cuentas, para Castillo-Puche, a diferencia de otros narradores contemporáneos suyos, la incorporación de determinados personajes y costumbres en sus obras narrativas no obedece, únicamente, a un propósito divulgativo sin más. De hecho, no se trata de pasajes aislados e independientes, como viene sucediendo en estos casos, sino muy enraizados siempre en la acción de cada una de estas novelas.

Los anteriores textos que más arriba hemos reproducido, extraídos de algunas de sus más significativas novelas, vienen a demostrar que este escritor yeclano recurre a determinados personajes populares —los Auroros, el «Tío de las Punchas»...— para crear un adecuado ambiente en sus relatos y no con ánimo de dejar por escrito sus excelencias, motivos y costumbres. De ahí que puedan ser observados esos tintes negativos que sólo han de ser entendidos en su propio, y fundamental, contexto.

José Belmonte Serrano